

Todas las persianas estaban cerradas, excepto las dos de la alcoba; tal era la costumbre de Regina, dejar sus persianas abiertas á fin de que los primeros rayos del sol entrasen á despertarla: las dobles cortinas estaban caídas, pero la lámpara colgada en la roseta del techo, iluminaba la tela de tal suerte, que pudo ver pasar y volver la figura de la joven, como se ven sobre las telas blancas los personajes de las linternas mágicas.

Con la frente inclinada paseaba ella lentamente la habitación, llevando el codo derecho cogido con la mano izquierda y apoyada su graciosa barba en la palma de la mano derecha.

Era aquella la más deliciosa expresión de un sueño vago.
¿ Con qué soñaría? Cosa es bien fácil de adivinar.

Con el amor que profesaba á Petrus. Con el amor que Petrus la profesaba.

¿ Con qué ha de soñar una niña cuando ese ángel intercesor que ella llama su amante extiende sobre ella sus brazos protectores?

Y él, ¿ qué venía á decir á la joven distraída que no sabía su proximidad?

Venía á contarla todos sus sueños de aquella noche, á referirla su alegría, á comunicarla sus pensamientos, ya que no en palabras, su buena nueva, habituado como estaba, no viviendo más que en ella y para ella; á participarla cuanto le sucedía alegre ó triste, ventura ó desgracia.

Paseó cerca de una hora, y sólo se retiró cuando vió apagada la lámpara de Regina.

Después, cuando todo quedó obscuro, le envió con ambas manos los mejores sueños y volvió á la calle del Oeste con el alma llena de las más dulces emociones.

Al entrar en casa halló ya al capitán completamente instalado en sus habitaciones

CAPÍTULO XIV.

LOS SUEÑOS DE PETRUS.

Tuvo Petrus, al volver á su hogar, la curiosidad de ver cómo su huésped se hallaba acomodado.

Tocó suavemente á la puerta, no queriendo despertar á su padrino si por casualidad dormía ya, pero sin duda aun no lo hacía, porque apenas sonaron en la puerta los tres acompasados golpes de costumbre, cuando gritó una voz poderosa y varonil: adelante.

El capitán estaba ya en la cama, cubierta la frente con un pañuelo que después de tapar la cabeza pasaba por debajo del cuello; esta precaución tenía sin duda por objeto imprimir al cabello y á la barba los pliegues que debían conservar durante el día.

Tenía en la mano un libro cogido en la biblioteca y que parecía hacer sus delicias.

Petrus echó una mirada sobre aquel tomo para formar una idea de los gustos literarios de su padrino y para darse cuenta á sí mismo de un problema que se le había ocurrido; saber si su tío opinaba por la escuela antigua ó por la moderna.

El libro que leía Pedro Berthaut eran las fábulas de La Fontaine.

— ¡ Ah! dijo Petrus, ¿ ya acostado, carísimo padrino?

— Sí, y bien acostado, como ves.

— ¿ Os gusta la cama ?

— No.

— ¿ Cómo no ?

— Nosotros, viejos lobos marinos, estamos habituados á camas duras ; es decir, ahijado, que encuentro esto demasiado blando, pero ya me acostumbraré ; se acostumbra uno á todo, hasta á lo bueno.

Petrus hizo *aparte* una reflexión ; la de que su padrino empleaba con demasiada frecuencia esta frase : *nosotros, viejos lobos marinos* ; mas como tenía cierta sobriedad en la conversación, según ya se ha podido notar, para todos los demás términos de marina, Petrus perdonó interiormente aquel abuso, y no hizo en ello más que justicia, pues aquel estribillo estaba compensado por tantas buenas cualidades, que Petrus hubiera obrado mal dirigiéndole por semejante causa la más pequeña recriminación.

Desechando, pues, la ligera nube que acababa de pasar por su imaginación :

— ¿ Entonces, no os falta nada ? preguntó Petrus.

— Absolutamente nada. El gabinete de un navio almirante no está mejor amueblado que estas pretendidas habitaciones de muchacho, y me hallo rejuvenecido de cuatro á cinco lustros.

— Libre estáis, dijo Petrus riendo, de rejuveneceros aquí hasta el fin de vuestros días.

— Á fe mía no digo que no, ahora que he ensayado, aunque nosotros viejos lobos marinos gustamos mucho del cambio.

Petrus no pudo reprimir un gesto ligero.

— ¡ Ah ! bien, dijo el capitán, ya has notado mi muletilla.

— ¿ Cómo vuestra muletilla ?

— Sí, *nosotros viejos* ; pero tranquilízate, me corregiré.

— ¡ Oh ! sois perfectamente libre.

— No, no, conozco mis defectos, créeme : por otra parte no eres tú el primero que me reprendes esa mala costumbre.

— Reparad que nada os reprendo, por el contrario.

— Oye, joven, un hombre acostumbrado á leer en el cielo las tempestades con veinticuatro horas de anticipación, se da cuenta de la menor nube que pasa por una tisonomia ; no temas pues ; á partir de este momento me vigilaré, sobre todo cuando haya gente.

— Pero en verdad estoy confundido.

— ¿ De qué ? de que tu padrino, por más capitán que sea y que se precie de ser, no es sin embargo más que un marinero mal barnizado exteriormente ; pero hay aquí buen corazón y de ello te se darán pruebas, ¿ me entiendes, ahijado ? Ahora vete á acostar ; amanecerá y hablaremos de tus asuntillos de interés, pero confiesa que no esperabas ver esta mañana á tu padrino.

— Me habéis sorprendido, deslumbrado y fascinado, tanto que si no os tuviera ahí delante de mí en carne y hueso, me diría á mí mismo que había soñado.

— ¿ No es cierto ? dijo sin una chispa de orgullo el capitán.

Después bajando tristemente la cabeza y poniéndose de repente pensativo dijo con la mayor melancolía estas palabras :

— Pues bien, ahijado me creerás si quieres, pero quisiera mucho más tener un talento de cualquier género (y puesto que estamos pidiendo pidamos lo imposible), un talento como el tuyo, que poseer estos tesoros inagotables ; no pienso una sola vez en la fortuna sin decirme á mí

mismo aquellos versos de La Fontaine, y le señaló el libro colocado sobre la mesa de noche :

No busques de la dicha la bienhechora calma
en oro ni en grandezas, que su funesto brillo
abuyentará por siempre la dulce paz del alma

— Eso, eso, dijo Petrus indicando que estaba bastante dispuesto á combatir la opinión del capitán.

— Eso, eso, repitió éste en la misma inflexión de voz ; te confieso que si no te hubiese encontrado me hallaba en un verdadero embarazo ; no sabía qué hacer de toda esta fortuna ; hubiera fundado alguna institución piadosa, alguna casa de retiro para los marinos enfermos ó para los reyes desterrados ; mas por ventura te he encontrado y puedo exclamar como Orestes :

Con nuevos colores se ostenta mi suerte.

Dicho lo cual ve á acostarte.

— Os obedezco á fe mia y con gran satisfacción, pues mañana es necesario que madrugue : ha sido anunciada la venta para el domingo y debo prevenir al comisario encargado, sin lo cual vendria á llevárselo todo.

— ¿ Llevar, qué ?

— Los muebles.

— ¿ Los muebles ? repitió el capitán.

— ¡ Oh ! tranquilizaos, vuestras habitaciones están reservadas.

— No importa, añadió el capitán ; ; llevar tus muebles, muchacho ! sabes que de veras quisiera ver yo que un particular cualquiera, aunque fuese el indicado comisario, viniese á llevar alguna cosa de aquí sin permiso mio ;

¡ por vida de Cris... ! Bonita lona habia yo de hacer de su piel.

— No tendrá Vd. ese trabajo, padrino.

— No sería un trabajo, sería un placer. Vaya, buenas noches, y piensa que mañana te iré á despertar, porque nosotros, viejos lobos... vamos, héteme aquí en mi estribillo otra vez... porque nosotros los marinos acostumbramos á levantarnos con los primeros albos del día ; abrázame, pues, y vete á acostar.

— Esta vez Petrus obedeció.

Abrazó al capitán y subió á su casa.

Es inútil advertir que toda la noche soñó con Potosí, con Golconda y con el Eldorado.

En sus sueños, ó mejor dicho, en la primera parte de su sueño se le apareció el capitán en una nube chispeante y deslumbradora como el genio de los diamantes y de las minas.

Así, pues, pasó la primera parte de la noche en su sueño encantador, mágico, variado como un cuento árabe. Mas sobre lo que todo dominó en esta visión, la estrella que más brilló en aquel cielo luminoso fué Regina, en cuyos cabellos prendía Petrus flores radiantes, ricos diamantes de entrambas Indias.

Confesemos, sin embargo, que la locución familiar de su padrino, *nosotros, viejos lobos marinos*, habia sido totalmente olvidada, ó que mejor dicho la recordaba constantemente como una mancha en un diamante de bellisimas aguas.

El día después de este día fantástico, con los primeros albos, según ya lo habia anunciado, abria los ojos el capitán á la claridad matutina que se filtrara por las persianas ; consultó su cronómetro.

No eran aún las cuatro de la mañana.

No se atrevió sin duda á despertar á su sobrino en una hora más cercana á la noche que á la mañana, y decidido á luchar contra aquel triunfante rayo de sol que entraba en su habitación sin hacerse anunciar, volvió la cabeza del lado de la pared y cerró los ojos con una especie de guiño que anunciaba resolución definitiva.

Pero el hombre propone y Dios dispone.

Sea que fuera aquella su hora habitual de despertar, sea que no gozase la calma de una conciencia serena, el capitán no pudo volver á dormir, y al cabo de diez minutos saltó de la cama jurando con la más clara y significativa expresión.

Ocupáronle primero bastante tiempo los cuidados de su tocador; arregló sus cabellos y su barba; después se vistió de pies á cabeza.

Eran las cuatro y media cuando concluía el capitán la última mano de su tocador.

Terminado que hubo volvió á presentársele el mismo embarazo.

¿Qué hacer mientras llegaba una hora menos excéntrica? Pasearse.

El capitán se paseó, pues, durante un cuarto de hora corto á lo largo y á lo ancho del cuarto, como el *enfermo de aprensión*; después, y quizás cansado de aquella operación, abrió las ventanas que daban al baluarte de Monte Parnaso y aspiró el aire fresco de la mañana oyendo los cantos de los pájaros que también arreglaban su *toilette* cantando en los árboles.

Pero pronto le cansaron también la brisa y el canto de los pájaros; midió nuevamente la habitación y gastó en breve aquel pasatiempo. Le ocurrió y aceptó con entu-

siasmo la idea de ponerse á caballo sobre una silla: descubrió, pues, una alta de encina, púsose á horcajadas en ella, y silbó una cosa parecida sin duda á las que encantaban la tripulación de su corbeta, porque los pájaros del baluarte callaron para escucharle, como habían hecho los pájaros del mar.

Una vez agotada aquella gimnasia de los labios, el capitán hizo sonar su lengua con el cielo de la boca como si hubiera sentido seco el paladar por efecto de la sinfonía. En fin, después de repetir este ejercicio cinco ó seis veces seguidas, pronunció con melancólico tono las tres palabras siguientes:

— Hace mucha sed.

Entonces pareció reflexionar y buscar un remedio al inconveniente que acababa de indicar. De repente, dándose en la frente un golpe tan fuerte que él mismo se pasmó de su crueldad:

— ¡ Oh ! se dijo á sí mismo, soy bastante bárbaro por una parte y bastante bestia por la otra. ¡ Cómo ! mi capitán, hace una hora que estás sobre cubierta y has olvidado que el depósito de vinos se halla justamente debajo de ti.

Abrió suavemente la puerta y bajó de puntillas los doce ó quince escalones que conducían al depósito de vino, bien provisto por vida mía ya que no de lo más escogido.

Había tres ó cuatro paquetes de botellas de *Burdeos* y *Borgoña*, calidad delicada y fina.

Bastó al capitán echar una mirada sobre el montón de botellas para reconocer en su cuello prolongado las de escogido *Burdeos*. Sacó un frasco con cuidado, lo levantó á la altura de sus ojos, puso detrás la luz que había sacado del bolsillo y distinguió vino blanco.

Bueno para matar las lombrices, dijo.

Después sacando del mismo grupo otra botella, cerró la puerta de aquella despensa y volvió á su cuarto á paso de lobo, cargado con el botín.

— Sí, el vino es bueno, dijo el capitán cerrando la puerta de su habitación y colocando con la mayor precaución las botellas sobre la mesa; podré esperar á mi ahijado con algo más de paciencia.

Tomó del tocador el vaso que le había servido para enjuagar la boca, le limpió con gran cuidado á fin de que el agua de Botot no centralizara el perfume del Burdeos, y acercando una silla, se sentó delante de la mesa.

— Otro que yo, dijo sumergiendo la mano en el bolsillo de su inmenso pantalón á lo cosaco y sacando una navaja con mango de asta, provista de varias hojas y rodeada de todo género de accesorios; otro que yo se vería impedido, como el antiguo Tántalo, de gustar el líquido de estas botellas, aunque las tuviera delante, sólo por falta de un sacataponés; pero nosotros *viejos lobos marinos*, continuó el capitán sonriendo socarronamente, no nos paramos por nada y estamos habituados á embarcarnos con armas y bagajes.

Diciendo esto, sacó cuidadosamente y con infinito respeto el inmenso tapón, y acercando después su nariz al orificio de cristal:

— ¡ Ah ! ¡ voto á brios ! exclamó, está perfumado, tiene hasta perfume. Si vuestro canto corresponde á vuestra pluma, añadió parodiando otra vez á La fontaine; vamos á sostener una conversación que no carecerá de atractivos.

Se llenó medio vaso y lo olfateó aún un momento antes de llevarlo á los labios.

— ¡ Perfume exquisito ! murmuró bebiendo.

Después, poniendo el vaso sobre la mesa, añadió:

— Es verdadero Grave de primera calidad, y por Cristo que si el vino tinto se parece al blanco, he topado con un ahijado del cual no tendré que avergonzarme. Ya le advertiré en cuanto despierte que haga almacenar en mi habitación algunos canastos de este rico vino; de esta suerte podré beber al acostarme así como al levantarme, porque realmente si el vino blanco mata las lombrices por la mañana, no sé por qué no las ha de matar ó enterrar á la noche.

Y el capitán absorbió de aquel modo, sin parecer notarlas, las dos botellas de Burdeos en menos de una hora, no dejando de beber más que para hacerse las reflexiones más juiciosas sobre la sociedad en general y sobre el vino blanco en particular.

Aquel soliloquio y aquella *solibebida*, si se nos permite inventar una palabra para significar la acción del hombre que bebe solo, entretuvieron al capitán hasta las seis.

Llegada aquella hora volvió á impacientarse, y con el mayor afán comenzó nuevamente á medir la habitación.

Miró su reloj; señalaba las seis y media.

En aquel momento precisamente daba las seis la campana del Val-de-Grace.

— Son las seis y media, dijo; es el Val-de-Grace el que debe estar equivocado.

Después añadió filosóficamente:

— Por lo demás, ¿ qué puede esperarse de bueno del reloj de un hospital ?

Por último, después de aguardar algunos momentos:

— Vamos, vamos, murmuró, mi ahijado me ha dicho que deseaba madrugar. Secundaré, pues, sus intenciones

entrando en su habitación ; voy á turbarle en lo mejor de su dorado sueño ; lo siento, pero tanto peor.

Dicho lo cual subió silbando un aire los tramos que separaban al principal del entresuelo.

La puerta del estudio y la de la alcoba tenían sus llaves puestas.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! dijo el capitán mirando tal seguridad, juventud imprudente, imprudente juventud.

Después abrió suavemente, metió la cabeza y miró. El taller estaba vacío.

El capitán respiró con ruido y cerró la puerta tan despacio como pudo.

Pero por despacio que cerró no logró que los goznes no cantaran.

— Hé aquí una puerta que necesita ser oleada.

Después se llegó á la de la alcoba de Petrus, y la abrió con iguales precauciones.

Aquella no hacía el menor ruido al abrirse ni al cerrarse, y como el piso estaba cubierto por un tapiz de Smirna sordo y muelle, el viejo lobo marino pudo penetrar en la alcoba y llegar hasta la cama de Petrus sin que éste se despertase.

Petrus estaba acostado con los brazos y las piernas fuera de la cama como si en el sueño que le agitaba hubiera hecho inútiles esfuerzos para levantarse.

En aquella posición, Petrus se parecía mucho al niño de la fábula que duerme cerca de un pozo ; el capitán, que en ciertos momentos era sabio hasta la pedantería, cogió la situación por un cabello y sacudiendo el brazo de su ahijado como si hubiera sido éste el niño y el capitán la Fortuna :

Hoy, niño, le dijo, te salvo la vida ;
ten, pues, más prudencia, no duermas así :

si hubieras caído, mi tierna inocencia
por culpa pasara, y á causa de ti.

Iba quizás á prolongar la cita, pero Petrus despertando sobresaltado y viendo al capitán de pie delante de él, echó mano á un trofeo que servía de adorno y de defensa en el fondo de su alcoba, cogió un yatagán y hubiera sin duda descargado un golpe sobre el capitán, si éste no le hubiera cogido el brazo.

— Alto, mozo, alto. Peste y qué pesadilla tienes, porque tienes una pesadilla, confésalo.

— Oh padrino, gritó Petrus, qué contento estoy de que me hayáis despertado.

— ¿ De verás ?

— ¡ Oh ! ya lo habéis dicho, tenía una pesadilla y una horrible pesadilla.

— ¿ Qué soñabas, pues, muchacho ?

— ¡ Oh ! cosas absurdas.

— Apuesto á que soñabas que yo había vuelto á las Indias.

— No ; si hubiera soñado eso hubiera estado muy satisfecho.

— ¿ Sabes que no es una galantería lo que me estás diciendo ?

— ¡ Oh ! si supiera Vd. lo que he soñado, continuó Petrus limpiándose el sudor de la frente.

— Veamos, cuéntamelo mientras te vistes, dijo el capitán con el acento de infeliz que sabia tomar en ciertos momentos ; eso me entretendrá.

— ¡ Ah ! no, mi sueño es demasiado estúpido.

— Bien, ¿ crees tú, hijo mío, que nosotros, *viejos lobos marinos*, no somos capaces de escucharlo todo ?

— ¡ Ay ! dijo Petrus para sí ; hé ahí ese *viejos lobos* otra vez, y luego preguntó en alta voz :

— ¿ Deseáis que lo cuente ?

— Claro está que lo deseo, puesto que te lo pido.

— Pues bien, según gustéis, aunque yo hubiese preferido callar.

— Estoy seguro de que has soñado que yo comía carne humana, dijo riendo el marino.

— Si no fuera más que eso...

— Estríbor y babor, exclamó el capitán ; ya ése hubiera sido un sueño muy bonito.

— Es peor que ése.

— Mira lo que dices.

— Pues cuando me habéis despertado...

— Y bien, cuando te he despertado...

— Soñaba que vos me asesinabais.

— ¿ Soñabas que yo te había asesinado ?

— Precisamente.

— ¿ Verdaderamente ?

— Bajo mi palabra de honor.

— No era para robarte, ¿ verdad ?

— ¡ Oh ! no.

— Pues bien, puedes decir que tienes una fortuna loca, muchacho.

— ¿ Cómo así ?

— Sueño de muerte, sueño de oro, dicen los indios que son inteligentes en muertes y en oro ; eres verdaderamente el hijo de la dicha, Petrus.

— ¿ De veras ?

— Yo también soñé eso una noche, ¿ y sabes lo que me sucedió al día siguiente ?

— No por cierto.

— Pues bien, el día siguiente de la noche en que soñando fui asesinado, y era tu padre el que me asesinaba, para que veas lo que son los sueños, ayudaba á tu padre á capturar el *San Sebastián*, buque portugués procedente de Sumatra y cargado de moneda : tu padre sólo por su parte de botín recibió seiscientos mil libras y yo cien mil escudos. Hé ahí lo que sucede de cuatro veces, tres, cuando se tiene la suerte de soñar que es uno asesinado.

CAPÍTULO XV.

PETRUS Y SU HUÉSPED.

Petrus se levantó y tiró de la campanilla antes de vestirse.

Entró el criado.

— Que enganchen, dijo Petrus, voy á salir hoy antes de almorzar.

Después se puso el joven á vestirse.

Á las ocho vinieron á prevenirle que el caballo estaba enganchado.

— Está Vd. en su casa, dijo Petrus al capitán ; alcoba, taller y gabinete todo está á vuestra disposición.

— ¡ Oh ! ¡ joven ! ¡ hasta el estudio ! dijo el capitán.

— El estudio antes que nada ; lo menos que puedo hacer es procurar que gocéis con la vista de las curiosidades, cuadros y jarrones que me habéis conservado.

— Pues bien, te suplico que me permitas estar en el estudio mientras eso no te moleste.

— Quedaos en el estudio hasta el instante... ya sabéis

— Sí, en que haya modelos, ó sesión ; convenido.

— Convenido ; gracias. Así, por ejemplo, á partir del domingo tengo que hacer un retrato que me ocupará siempre unas veinte sesiones.

— ; Oh ! un alto dignatario del Estado.

— No, una niña.

Después afectando la mayor indiferencia, continuó :

— La hija menor del mariscal de la Mothe-Houdón.

— ; Oh !

— Sí, la hermana de la señora condesa Rappt.

— No conozco, dijo el capitán ; ¿ y tienes libros aquí ?

— Aquí y abajo. Ya os he visto con un La Fontaine en la mano.

— Es verdad. La Fontaine y Bernardín de Saint-Pierre son mis autores predilectos.

— Encontraréis además todas las novelas modernas y una colección de viajes bastante buena.

— Me hablas precisamente de dos géneros que no puedo leer.

— ¿ Por qué ?

— Porque en punto á viajes los hago, y como he estado poco más ó menos en todos los rincones de las cuatro partes del mundo y hasta de la quinta, me desespero cuando veo las fábulas que os cuentan los viajeros. En cuanto á las novelas, las desprecio profundamente así como á los que las hacen.

— ¿ Por qué así ?

— Porque soy algo observador, y á fuerza de observar he advertido que nunca la imaginación va tan lejos como la realidad ; y leer mentiras menos interesantes que los acontecimientos desarrollados natural y sencillamente todos los días á nuestros ojos, declaro que no merece la pena y

que no soy bastante enemigo de mi tiempo para perderle en tales necedades. Así, pues, querido ahijado, filosofía, filosofía ; Platón, Epicteto, Sócrates, entre los antiguos ; Mallebranche, Montaigne, Descartes, Kant, Spinoza, entre los modernos ; hé ahí mis lecturas favoritas.

— Querido padrino, dijo Petrus riendo, confieso que he oído hablar mucho de los señores que hacen vuestra delicia, pero que aparte de Platón y Sócrates entre los antiguos, y Montaigne entre los modernos, no tengo ninguna relación con esos señores. Sin embargo, como tengo un librero que compra las comedias de mi amigo Juan Robert, y me vende las *Odas* y *Baladas* de de Victor Hugo, las *Meditaciones* de Lamartine y los *Poemas* de Alfredo de Vigny, voy á pasar por delante de su puerta y le diré que os envíe una colección de filósofos. No los leeré en adelante más de lo que ahora los leo ; pero los haré encuadenar, y sus nombres brillarán en mi biblioteca como estrellas fijas en medio de estrellas fabulosas.

— Pues bien, vete y da diez libras al mozo de mi parte para que corte las hojas ; tengo nervios tan sensibles, que nunca he podido consagrarme á semejante tarea.

Petrus hizo con la mano el último saludo y marchó.

El padrino Pedro quedó en el sitio en que estaba con la mirada fija y el oído alerta hasta que oyó el ruido del coche que se alejaba ; entonces, levantando la cabeza, sumergió las manos en los bolsillos y pasó tarareando de la alcoba al estudio.

Allí, como verdadero aficionado, investigó todos los muebles particular y separadamente ; abrió todos los cajones de un *secrétaire* á lo Luis XV y los sondeó para ver si tenían doble fondo.

Una papelerá de palo-rosa sufrió idéntico examen ; y el

capitán, que parecía muy diestro en descubrir el secreto, apoyando de cierto modo bajo aquella papelera, hizo brotar de su base un cajón perfectamente invisible, tan invisible, que probablemente ni el comerciante que lo había vendido á Petrus ni el Petrus mismo habrían sospechado su existencia.

Este cajón contenía cartas y papeles.

Los papeles eran rollos de *asignados*: había allí por valor de quinientas mil libras, que podrían pesar libra y media de papel, que vale seis cuartos.

Las cartas eran una correspondencia política, y llevaban las fechas de 1793 á 1798.

Parece que el capitán despreciaba grandemente el papel moneda y las cartas de fechas revolucionarias, porque después de convencerse de la identidad de los unos y de las otras, rechazó el cajón con el pie de tan hábil manera, que el cajón se volvió á cerrar para no abrirse hasta quince ó veinte años después, según acababa de sucederle.

Pero el mueble que más detenida y atentamente examinó el capitán, fué el cajoncito en que Petrus encerraba las cartas de Regina. Estas cartas, como ya dijimos, estaban depositadas en un cofrecito de hierro, obra maravillosa del tiempo de Luis XIII. Este cofrecito, sellado en el interior, no podía levantarse, y era esto una buena precaución, porque un aficionado podía muy bien sufrir tentaciones con aquella obra maestra de cerrajería. El capitán era, sin duda, uno de los ardientes aficionados á tal género de alhajas, porque después de ensayar si podía levantarle, sin duda para acercarlo á la luz, y notando que estaba fijo, examinó sus diferentes partes, y sobre todo la cerradura con el más prolijo cuidado.

Esta atención le ocupó hasta el momento en que oyó el

reche de Petrus pararse delante de la puerta. Entonces cerró con presteza el baulillo, cogió el primer libro que topó en la biblioteca, y se sumergió en una butaca.

Petrus volvía en el colmo de la satisfacción; había visitado á todos sus proveedores para llevarles algo á cuenta según el crédito respectivo, y cada acreedor se había conmovido por su parte de ver el trabajo que se tomaba el señor vizconde de Herbel en ir él mismo á llevar un dinero que muy cómodamente hubieran ido ellos á buscar á su casa, y que, por otra parte, no corría prisa.

Algunos soltaron tal cual palabra sobre cierta venta de que habían oído hablar; pero Petrus, ruborizado ligeramente, contestó que había algo de verdad en el asunto; que había tenido momentáneamente la intención de renovar sus muebles vendiendo los viejos, pero que en el momento de separarse de aquellos muebles que quería como á amigos antiguos, había sentido un disgusto parecido á remordimiento.

Todos se entusiasmaron con el buen corazón del señor vizconde, y se disputaron la vez para ofrecerle sus servicios si volvía á tomar la resolución de conservar los muebles viejos.

Petrus volvía, pues, con tres mil francos, y se había procurado un crédito nuevo para cuatro ó cinco meses.

En cuatro ó cinco meses pensaba ganar cuarenta mil francos. ¡Admirable poder del dinero! Petrus, gracias al paquete de billetes que le habían visto en la mano, podía comprar entonces cien mil francos de muebles fiados por tres años.

Petrus, con las manos vacías, no hubiera obtenido quince días de prórroga para los muebles que tenía.

Petrus tendió ambas manos al capitán. Tenía el corazón

henchido de gozo, y habían desaparecido sus últimos escrúpulos.

El capitán pareció despertar de una distracción profunda, y á cuanto le dijo su sobrino, no contestó más que con estas palabras :

— ¿ Á qué hora se almuerza aquí ?

— Á la que Vd. quiera, querido padrino, respondió Petrus.

— Entonces, almorcemos, dijo Pedro Berthaut.

Pero antes tenía Petrus que hacer una pregunta.

Llamó á su criado. Juan entró.

Petrus cambió una mirada con él.

Juan hizo una señal afirmativa.

— Pues bien, ¿ entonces ?

Juan indicó al marino con los ojos.

— Bah, dijo Petrus ; dame, dámela.

Juan se acercó á su amo, y sacó de una carterita de piel de Rusia, que parecía hecha para aquel uso, una carta pequeña doblada con coquetería.

Petrus la cogió con avidez, la abrió y la leyó. Después sacó de su bolsillo una cartera parecida, sacó de ella una carta que probablemente sería la de la vispera, la reemplazó con la que acababa de recibir, abrió con llavecita que llevaba al cuello el cofrecito de hierro, besó furtivamente la carta vieja y la echó dentro. Cerró el cofre con cuidado, y volviéndose al capitán que le había seguido con la vista atenta y constantemente :

— Ahora, le dijo, cuando queráis almorzar, padrino.

— Desde las diez, siempre quiero, respondió éste.

— Pues bien, entonces, el coche está abajo, y á mi vez os ofrezco un almuerzo de estudiante en el café del Odeón.

— ¿ En casa de Risbecq ? preguntó el marino.

— ¿ Conoce Vd. aquello ? dijo Petrus.

— Querido mío, dijo el padrino, las fondas y los filósofos son las dos cosas que más profundamente he estudiado, y te daré una muestra ordenando yo la cena esta vez.

Subieron los dos al carruaje y se detuvieron en el café de Risbecq.

El marino subió sin vacilar al piso principal, llamó al mozo, y rechazando la lista que éste le presentaba, dijo :

— Dos docenas de ostras, dos beefsteacks con patatas, dos pescados en aceite, peraña, pasas y chocolate hecho con agua.

— Tenéis razón, padrino, sois un gran filósofo y un gran gastrónomo, dijo Petrus.

Á lo que el capitán añadió, dirigiéndose al mozo y con igual sangre fría :

— Sauterne de primera clase con las ostras, Beaune también de primera con lo demás del almuerzo.

— ¿ Una botella de cada vino ? preguntó el camarero.

— Veremos.

Mientras esto pasaba en la fonda, el conserje de Petrus despedía á los numerosos aficionados que llegaron á la casa, diciéndoles que su amo había cambiado de parecer y que ya no se verificaba la venta.

CAPÍTULO XVI.

QUÉ JUICIOS FORMARON DEL CAPITÁN LOS TRES AMIGOS.

Después del almuerzo, envió el capitán á buscar un coche de almacén; y preguntándole Petrus si no se retiraban juntos:

— ¿Pues y la casa que tengo que comprar? dijo el capitán.

— Es verdad, respondió Petrus; ¿queréis que os ayude en las investigaciones?

— Yo tengo mis asuntos y tú los tuyos, aunque no te ocurriera más que contestar á la cartita que recibiste esta mañana. Por otra parte, yo tengo un gusto muy fantástico, y no sé si una casa edificada según mis proyectos me gustaría ocho días; piensa lo que sucedería con una comprada según las indicaciones de otro, ni siquiera abriría en ella mis baúles.

Petrus comenzaba á conocer á su padrino con la intimidad necesaria para comprender que para estar bien con él era preciso dejarle dueño absoluto de su voluntad. Se contentó, pues, con decirle:

— Id en buena hora, padrino; sabéis que á cualquiera hora que volváis seréis siempre bien recibido.

El capitán hizo una ligera señal con la cabeza, y saltó en su carruaje.

Petrus volvió á su casa con el corazón tan ligero como una pluma; halló allí á Ludovico, y al momento conoció en la tristeza de su fisonomía que debía haberle sucedido alguna desgracia.

Efectivamente, Ludovico venía á anunciar á su amigo la desaparición de Rosa de Noel.

Petrus comenzó por compadecer á su amigo. Después pronunció instintivamente estas palabras:

— ¿Has visto á Salvador?

— Sí, respondió Ludovico.

— ¿Y qué?

— He encontrado á Salvador tranquilo y severo como siempre; sabia la noticia que yo iba á anunciarle.

— ¿Qué te dijo?

— Me dijo: encontraré á Rosa de Noel, Ludovico, mas será para meterla en un convento donde no la veréis sino como médico, ó para tomarla por esposa. ¿La amáis?

— ¿Y qué le respondiste? dijo Petrus.

— La verdad, amigo; es decir, que amo á aquella niña con toda mi alma; que me he unido á ella no como la hiedra á la encina, sino como la encina á la hiedra; no he vacilado, y lo he dicho así: — Salvador, le respondí, si me devolvéis á Rosa de Noel os prometo, bajo mi palabra, que el día en que cumpla quince años será mi mujer.

— ¿Rica ó pobre? añadió Salvador.

— Vacilé. No porque me detuviese la palabra *pobre*, sino porque me paró la palabra *rica*.

— ¿Cómo! rica ó pobre, repetí.

— Sí, rica ó pobre, insistió Salvador. Ya sabéis que Rosa de Noel es una niña expósita ó encontrada. Sabéis que en otro tiempo conoció á Rolando, y siendo Rolando un perro aristócrata, podría suceder que Rosa de Noel llegara un día á saber quién es. Hay tantas probabilidades de que sea rica como de que sea pobre. ¿La tomáis pues á ojos cerrados?

— Mas los padres de Rosa, dado caso de que los hallara, ¿me aceptarían á mí?

— Ludovico, me dijo Salvador, eso me compete á mí. ¿Aceptáis á Rosa de Noel por esposa rica ó pobre, tal cual esté á los quince años?

Tendi la mano á Salvador, y héteme aquí comprometido, sólo que Dios sabrá dónde está ahora la pobre niña.

— ¿Y Salvador, dónde está?

— No lo sé; marcha de París según creo. Me ha pedido siete ú ocho días para ocuparse de las investigaciones que exige la desaparición de Rosa de Noel, y me ha dado cita en su casa, calle de Macón, para el jueves próximo. Pero, y tú, ¿qué haces, veamos, qué te sucede? Has cambiado de opinión, según parece...

— Petrus contó entusiasmado á Ludovico el acontecimiento de la vispera con todos sus detalles. Pero escéptico éste como un médico, no se confió absolutamente en la sola palabra de su amigo y quiso pruebas. Petrus le enseñó los dos billetes de banco que le quedaban de los diez que le prestara el capitán.

Ludovico cogió uno de aquellos billetes y lo examinó con la atención más escrupulosa.

— Y bien, preguntó Petrus, ¿es apócrifa por casualidad, es falsa esa firma de Garat?

— No, dijo Ludovico; aunque he visto y tocado muy pocos billetes durante mi vida, éste me parece de buena ley.

— Bien, ¿y qué más?

— Te diré, querido amigo, que yo creo poco en los tios que llegan de América, y mucho menos en los padrinos. Deberías contar este suceso á Salvador.

— ¿Pero no acabas de decirme, contestó Petrus viva-

mente, que Salvador estará ausente de París durante algunos días y que no volverá hasta el jueves que viene?

— Es verdad, respondió Ludovico; pero nos harás conocer á tu nabab, ¿no es cierto?

— Ese es vuestro derecho, contestó Petrus. Ahora, dime, ¿quién de nosotros dos verá primero á Juan Robert?

— Yo, dijo Ludovico; voy en este momento al ensayo de su comedia.

— Pues bien, cuéntale lo del capitán.

— ¿Qué capitán?

— El capitán Pedro Berthaut de Monte-Haubán, mi padrino.

— ¿Se lo has anunciado á tu padre?

— ¿Cuál?

— El suceso del capitán.

— Comprenderás que ese fué mi primer pensamiento. Pero Pedro Berthaut quiere darle una sorpresa y me ha suplicado que por esa parte guarde silencio.

Ludovico meneaba la cabeza con gestos de duda.

— ¿Continúas dudando? preguntó Petrus.

— Te confieso que la cosa me parece extraordinaria.

— Á mí me ha parecido mucho más extraordinaria que á tí. Me ha parecido y me parece aún que todo ha sido un sueño. Despiértame, Ludovico, aunque te confieso que tengo verdadero miedo de despertar.

— De todos modos, repuso Ludovico, cuya inteligencia era más positiva que la de sus dos compañeros; de todos modos es una desgracia que Salvador no esté ahí.

— Sí, indudablemente, dijo Petrus pasando la mano sobre el hombro de su amigo; pero, ¿qué quieres, Ludovico, para mí no puede haber mayor desgracia que la que me iba á acontecer.

No sé adónde me llevan los nuevos sucesos, pero sé que me arrancan á una pendiente por donde me hacían rodar los antiguos, y en lo más bajo de aquella pendiente estaba la desgracia. La pendiente nueva será tal vez más rápida, quizás concluye en un precipicio... yo nada sé. Pero sobre la nueva bajo rodando con los ojos cerrados, y si me despierto en el fondo de un abismo, habré recorrido por lo menos el país de la esperanza y de la dicha.

— Así, pues, vamos andando. ¿Te acuerdas de Juan Robert que el martes de Carnaval pedía á Salvador historias novelescas? pues hélas aquí. Contemos primero: *Salvador y Fresolina*, pasado desconocido, pero presente de novela; *Justino y Mina*, novela; *Carmelita y Colombán*, novela; novela triste y sombría, pero novela; *Juan Robert y Madama de Marande*, novela, la más alegre de todas, novela con ojos de zafir y labios de rosa, pero novela; tú y...

— ¡Ludovico!

— Es verdad, novela misteriosa, á la vez dorada y sombría, pero novela, querido, novela. En fin, yo y Rosa de Noel; yo prometido de una niña hallada y nuevamente perdida, y que Salvador promete volverme á encontrar, novela, querido, novela. Y no hay nada hasta la princesa de Vanves, hasta la hermosa Canta-Lilas.

— ¿También esa?

— La he visto pasar ayer por el *boulevard* en una carretela tirada por cuatro caballos á la Daumont, y guiada por dos jockeys con calzón blanco y chaquetillas de terciopelo color de cereza. No me atrevía á conocerla y me asombraba de tan gran parecido, pero me hizo una señal con la mano, y aquella mano cubierta por un guante de Privat ó de Boivin, llevaba un pañuelo de trescientos francos; no-

vela, Petrus, novela. Ahora, ¿cuáles de entre estas novelas acabarán bien... cuáles acabarán mal? Dios lo sabe. Adiós, Petrus; voy al ensayo de Juan Robert.

— Tráele aquí.

— Lo procuraré; ¿pero por qué no vienes tú conmigo?

— Imposible, tengo que arreglar el estudio; hay sesión el domingo.

— ¿Entonces el domingo?...

— El domingo puerta cerrada, querido amigo, desde las doce hasta las cuatro de la tarde. Todo lo demás del tiempo, puerta, corazón y mano están abiertos para ti.

Los dos amigos se dijeron aún otro adiós y se separaron.

Púsose Petrus á arreglar el estudio.

Era para él un gran asunto el de volver á ver á Regina. Regina no había vuelto á esta casa del joven desde su primera entrada en aquella casa, es decir, desde la visita de la marquesa de la Tournelle.

Verdad es que aquel día sólo había bastado para cambiar la vida de Petrus.

Al cabo de una hora todo estaba ya preparado.

Y no sólo estaba el lienzo en caballete sino que estaba también el retrato dibujado en el lienzo.

Estaba la niña sentada sobre el césped en medio de la vegetación tropical del invernadero que Petrus conocía tan bien.

Si Petrus se hubiese dejado llevar de su inspiración, hubiera cogido la paleta al concluir el dibujo, y ocho días después el retrato hubiera estado concluido.

Pero comprendió que procediendo así rebajaba días á su ventura y lo borró todo.

En cambio se sentó frente al lienzo blanco, y vió su cua-

dro concluido como alguna vez el poeta antes de haber escrito una palabra de su drama le ve representado desde su primera hasta su última escena.

Es lo que con razón pudiera llamarse el espejo del genio.

El capitán no se retiró hasta las ocho de la noche. Había recorrido todos los barrios nuevos para hallar una casa que le conviniera; había leído todos los anuncios, todos los rótulos: no había hallado nada que le gustase.

Y se proponía continuar su expedición al día siguiente.

Al partir de aquel momento, el capitán Monte-Haubán se instaló en casa de su ahijado como en su propia casa.

Petrus le presentó á Ludovico y á Juan Robert. Los tres jóvenes pasaron con él la noche del sábado, y se convino en que mientras viviese en casa de Petrus se le consagraria una noche cada semana.

En cuanto al día no había que pensar en él; bajo pretexto de buscar una morada ó por mejor decir una casa, el capitán escapaba después de almorzar y no volvía muchas veces hasta el amanecer. ¿Dónde iba? Dios ó el diablo lo sabrían; pero Petrus lo ignoraba completamente.

Había intentado saberlo, y más de una vez se dirigió con este objeto al capitán.

Mas éste le cerraba la boca, diciéndole únicamente:

— No me preguntes, joven, porque no puedo responderte: es un secreto; sin embargo, debo decirte, el amor no es completamente extraño al asunto: no te inquietes, pues, porque me veas ausente durante días enteros. Puedo desaparecer repentinamente por todo un día, por toda una noche ó por varios días y varias noches, como casi todos los viejos lobos marinos; cuando me hallo bien en un sitio me quedo allí. Es una manera clara de decirte que si por ventura me hallara una noche en una de mis relacio-

nes, no me retiraría hasta el otro día por la mañana.

— Os comprendo perfectamente, había dicho Petrus, pero hacéis muy bien en darme esas noticias.

— Queda pues convenido, muchacho: no debemos esperarnos el uno al otro: en cambio puede suceder que pase días enteros dentro de casa. Tengo en ciertos momentos necesidad de recogerme y de meditar.

Coronarias, pues, tu amabilidad si hicieras llevar á mi habitación algunos libros de estrategia, dado caso de que los tengas, ó pura y simplemente de historia y filosofía, agregándoles por supuesto una docena de botellas de tu vino de Grave.

— Todo eso tendréis en vuestra habitación antes de una hora.

Y terminados todos estos convenios, marcharon las cosas perfectamente.

Por lo demás, las opiniones de los tres jóvenes sobre el capitán habían sido esencialmente distintas.

Á Ludovico le era profundamente antipático, ó sea porque el médico partidario del sistema de Gall y de Lavater no encontrase las líneas de aquella cara y las preeminencias de aquella frente en perfecta consonancia con las palabras de Monte-Haubán, ó sea porque viviendo Ludovico con el corazón henchido de los más vastos pensamientos, la conversación del capitán le desilusionaba siempre volviéndole al mundo repentinamente. En suma, y como muy bien había él anunciado después de la primera entrevista, no podía digerir á aquel nuevo compañero.

Juan Robert, espíritu fantástico, aficionado con pasión á todo lo pintoresco, había encontrado cierto sello de originalidad en el nuevo carácter, y sin adorarle precisamente experimentaba por él algún interés.

En cuanto á Petrus, estaba pagado para quererle: hubiera obrado mal al disecar, como lo hacía Ludovico, un hombre que no le podía más que libertad para colmarle de riqueza.

Confesaremos sin embargo que ciertas locuciones familiares del capitán y sobre todo la de *viejo lobo marino*, le irritaban extraordinariamente.

El capitán no había, pues, excitado en los tres jóvenes una simpatía vehemente y absoluta; y en efecto, era difícil hasta para Petrus y Juan Robert (los más dispuestos á fraternizar con el capitán) entregarse abiertamente á un personaje tan fantástico y tan completo como el capitán Pedro Berthaut de Monte-Haubán; cándido y sencillo en apariencia, admirador de todo, aficionado á todo, que se dejaba arrastrar francamente por sus impresiones, y que no veía en nada, que no era aficionado á nada y se dejaba descubrir en ciertas palabras por hombre hastiado.

Jovial en algunos instantes, parecía en otros un director de funerales. Era un compuesto de los elementos más heterogéneos; una mezcla inexplicable de las más brillantes cualidades y de los más inmundos defectos, de los más nobles sentimientos y de las más bajas pasiones: sabio unas veces, y según ya hemos indicado hasta rayar en la pedantería, se presentaba en otros momentos como el ser más ignorante de la creación. Hablaba admirablemente de pintura y no sabía hacer una oreja; comentaba perfectamente la música y no sabía dar una nota. Había pedido una mañana para leerlo á la noche el *Güelfos y Gibelinos*, y después de haberlo leído indicó á Juan Robert el principal defecto del drama con tal precisión y claridad que el joven autor le preguntó:

— ¿Tengo quizás el honor de hablar con un colega?

— Un aspirante á colega cuando más, respondió él modestamente, aunque pudiera reclamar mi parte de colaboración en algunas tragedias representadas á fines del siglo pasado, y principalmente de la tragedia *Gegoveva de Brabant* hecha en comandita con el ciudadano Cecile y representada por primera vez en el teatro del Odeón el 14 de brumario del año VI.

Así pasaron ocho días. Condujeron al capitán á todos los teatros de París: condujéronle también á pasear á caballo al bosque de Bolonia, y se mostró en este ejercicio hábil jinete. En fin, se imaginaron para él todo género de diversiones, y el capitán conmovido hasta llorar anunció á Petrus que antes de mucho recibirían sus dos amigos pruebas inequívocas de su gratitud y de su amistad.

CAPÍTULO XVII.

LOS GABINETES RESERVADOS.

Llegó por fin el domingo en que debía verificarse la primera audiencia para retratar á la niña Abeja. Petrus esperaba desde las ocho de la mañana, aunque sus parroquianos no debían llegar hasta las doce.

Á las diez hizo que preguntaran al capitán si quería almorzar con él.

Pero Juan le contestó con cierta discreción inteligente que el capitán no se había retirado desde el día antes.

Petrus experimentó un sentimiento de bienestar con el anuncio de aquella ausencia.

Temía que Regina topase casualmente con el capitán.